

En qué se conoce á los ladrones?

Hay en el Banco de Nueva York un agente de policía á quien la naturaleza ha concedido el don singular de reconocer á los ladrones al primer golpe de vista.

Decimos don singular, porque realmente son pocos los hombres que gozan de tal privilegio; pero en opinión de este nuevo Sherlock Holmes, no hay nada más fácil que hacer lo que él hace. Todo se reduce á cuestión de estudio y de práctica, á fijarse en ciertos caracteres fisonómicos, y sobre todo en ciertos ademanes enteramente peculiares en los ladrones.

En primer lugar, Jorge Lawlor, que así se llama nuestro hombre, aconseja fijarse en las manos.

Todos los ladrones se distinguen por un movimiento nervioso é involuntario de los dedos. Tienen las manos acostumbradas á las manifestaciones rápidas que ni aún en circunstancias normales pueden tenerlas quietas; pierden, por decirlo así, la tranquilidad de los dedos. Además, se les conoce por la manera de llevar las manos. Lo mismo el ratero que el ladrón, trabajan principalmente con los dedos índice y medio, y además con el pulgar, y de aquí, que inconscientemente los llevan siempre preparados; cuando se ve que un hombre lleva extendidos los dedos segundo y tercero, y doblados el cuarto y el quinto, puede decirse casi con toda certeza que es un ladrón.

Otro dato de importancia es la manera de andar; la posición de los hombros, sobre todo, delata al ladrón. Este suele andar con los hombros muy levantados y el cuerpo muy derecho, y en sus espaldas se nota cierto movimiento helicoidal, todo ello consecuencia lógica de la costumbre que estos hombres tienen de permanecer con el cuerpo inmóvil mientras trabajan con los brazos.

La facha de criminal que muchas personas atribuyen á todo bribón, no siempre es un dato muy seguro; muchos ladrones, y sobre todo los que toman por blanco de operaciones los grandes

bancos, son personas de aspecto muy distinguido. Para detener como ladrón á uno de estos hombres, no basta fijarse en sus hombros ó en sus manos; conviene tener datos seguros que justifiquen la detención. Por esto añado el policía Lawlor, que en su oficio se requiere una memoria y un poder de retentiva verdaderamente notables. Hay que saberse de memoria la fisonomía de estos hombres, bien porque se hayan hecho sospechosos ó porque, á consecuencia de anteriores delitos, hayan sido detenidos alguna vez y se conserven sus fotografías.

Sin embargo, no es necesario conservar en la imaginación todos los rasgos de la fisonomía de todos los rateros del país; basta con fijarse en algún detalle de cada uno de ellos; retenido éste, los demás rasgos vienen inconscientemente á la imaginación. Pocas personas tienen una cara perfecta, ó por mejor decir, ninguna, y por lo tanto, con recordar la perfección característica de cada ladrón, puede decirse que se les conoce á todos. Estas imperfecciones, estos detalles característicos deben buscarse en los ojos y en la boca, todo lo más en la nariz; el bigote y la barba, así como la manera de peinarse, conviene olvidarlos por completo, pues ya se sabe que estos detalles se varían con facilidad, y precisamente el ladrón profesional es maestro en el arte de desfigurarse. Una nube en el ojo, unas cejas demasiado arqueadas, unos labios excesivamente gruesos, son caracteres imposibles de borrar. Jorge Lawlor asegura que todavía no ha visto dos personas que tengan las cejas enteramente iguales; un observador concienzudo que estudiase la cuestión á fondo, llegaría á reconocer con toda facilidad las personas sólo con mirarle á las cejas.

Siguiendo las indicaciones del policía norteamericano, dice éste, que cualquiera puede llegar á ser tan hábil como él mismo, siempre que se fije sobre todo en las manos y que tenga presentes dos cosas; primera, que al fijarse en la cara de un hombre, debe hacerse sin el prejuicio de que se trata de un criminal, pues hay centena-

196.

res de personas honradas que tienen más aspecto desagradable que el más consumado ladrón; y la segunda, que la inmensa mayoría de los criminales no presentan en su fisonomía ninguno de esos rasgos que les atribuyen los criminalistas.

"La Opinión Nac'l"
Lima 26 Mayo
1908
x x x

El 24 de Mayo
[Conclusión]

De la
pág.
130.

Acercándose después la comitiva á la esquina de la Recoleta, el Sr. Constante I. Chávarri leyó el siguiente discurso:

Señores:

Hay hechos en la historia de los pueblos, que hacen que la Humanidad tiemble y la Justicia llore, hechos que nos traen a la memoria enjambre de recuerdos punsadores, de cruentos sacrificios y de lágrimas; hechos que nos hacen horar con el bíblico dolor de los dolores por la desaparición de los buenos y la supervivencia de los malos; y evoluciones populares, en la que sus autores caminan entre la inmortalidad y el cadalso.

Uno de esos hechos, señores, es el que ahora conmemoramos veinticuatro de mayo, fecha impercedera y luctuosa, en la

que se salpicó con sangre una vez más, la blanca túnica de la libertad cajamarquina.

No reseñaré los acontecimientos, porque siendo del dominio público, lo creo innecesario; pero permitidme que os haga recordar, que tal día como hoy, hallándonos congregados en el hoarado hogar de nuestro digno amigo el Dr. Castañeda y Alvarez, con el fin de rendir culto á esa diosa que se llama libertad «Que como la ciencia no tiene patria, y bajo de cuya sagrada égida, como bajo la de Dios, todos somos iguales, y todos somos hermanos», como lo dijo el inmortal Rousseau, fuimos alevosamente victimados por una falange de innobles sicarios, que capitaneados por un infeliz funcionario, no recordaron: «Que los q' se mueven a favor de la ley, no conocen sus consecuencias; que el individuo puede ignorar su marcha, pero que las exigencias de la multitud jamás se equivocan». — Y luego, se hizo práctica la estrofa del vate araucano:

«La Luna en la mitad de su carrera,
con mortecina luz alumbró el llano,
donde con los instintos de pantera,
mató el hermano á su indefenso hermano».

El sacrificio se consumó, y cayeron Portocarrero y Tirado, Alvarez y Cabos, heridos por alevos y traidora mano..... Después, preso y aherrojado el gran